

Don Ramón Carande Thovar

Hace un tiempo visité con don Ramón Carande el monasterio de Uclés, uno de los pocos de España que él no conocía. Tenía entonces noventa años, y a esta edad casi todas las cosas del mundo suelen suscitar un interés moderado. Pero don Ramón recorrió el edificio con una atención, una vivacidad y un entusiasmo extraordinarios; interrogó a los acompañantes sobre todos los detalles de la arquitectura y de la historia. Su conducta estaba lejos de ser la corriente en un nonagenario; parecía más bien la de un joven que preparase una publicación sobre aquel monasterio o sobre un tema relacionado con él.

Esta anécdota refleja el carácter del maestro: tras noventa años de estudios y viajes, la posibilidad de conocer y apreciar una nueva joya de arte le llenaba de emoción y trataba de obtener de ella el máximo provecho intelectual y estético. Tuvo hasta su muerte un afán de ilimitada perfección y elevación.

Don Ramón Carande figurará en los anales del pensamiento español como un gran tratadista de la historia económica de nuestra patria. Aportó al conocimiento de los siglos del Renacimiento, trabajos que los iluminaron y sirvieron de modelo a sus discípulos y a otros investigadores. Gracias a él y a ellos, hoy tenemos ideas más claras sobre la historia económica y sobre la historia general de España en los años que siguieron al descubrimiento de América.

Pero los discípulos y amigos de don Ramón Carande le recordaremos además por una serie de cualidades que hicieron de su trato una fiesta espiritual. Tanto es así que si imaginamos por un momento que una rara catástrofe destruyera todos los ejemplares de sus libros y artículos, no por esto desaparecería su imagen de nuestro panorama intelectual y cordial. Mientras viviera alguno de los que le ha conocido y tratado, su figura se proyectaría luminosa y sonriente en la memoria de los hombres.

Don Ramón no era sólo un economista e historiador. Tenía el don de lenguas: dominaba el latín, el francés, el alemán y el inglés; leía el italiano y el portugués y no sé si algún otro idioma. Y poseía una vasta cultura que se extendía a muchos campos. Su erudición en literatura, música, pintura, escultura y arquitectura era sorprendente. Había leído una increíble cantidad de libros, había visitado reiteradamente los museos de Europa, había asistido a innumerables conciertos y representaciones teatrales, había viajado por todos los países del Viejo Continente y conversado con muchos de sus hombres más distinguidos.

Con este caudal de conocimientos, ideas y experiencias, era generoso. Estaba dispuesto a dar parte en él a cualquiera que solicitara orientación o información. Prefería, para la conversación o la docencia, a los jóvenes, pero no excluía a nadie. Su condición de profesor universitario se había extendido a todas sus actividades y con relación a todas las personas de su trato.

En don Ramón Carande se combinaban un elevado sentimiento patriótico y una capacidad para encontrarse con naturalidad en cualquiera de las las naciones europeas. Había pasado largas temporadas en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y Portugal, y temporadas menos largas en Bélgica, Holanda, los países escandinavos, Polonia, Grecia y otros Estados, y en todos ellos había desarrollado sus actividades intelectuales y se había encontrado como en su casa. Pero a diferencia de lo que ocurre con otras personas que han viajado por el extranjero (generalmente menos que don Ramón), éste no producía nunca el efecto de un español extranjeroizante. Sus conocimientos de los países europeos iban acompañados por conocimientos más profundos y detallados todavía de todas las regiones y comarcas españolas. Había visitado las capitales de cuarenta y ocho provincias y todos los monasterios, iglesias, palacios y monumentos de algún interés artístico o histórico. Su buen conocimiento de muchas lenguas antiguas y modernas no había perjudicado la pureza de su castellano. No es necesario ponderar el rigor gramatical y la precisión y brillantez de su lengua escrita, porque ahí están sus libros, artículos y cartas que los atestiguan, pero su lenguaje hablado tenía la misma exactitud sintáctica y la misma fuerza plástica. Si sus conversaciones más familiares y relajadas se hubiesen tomado taquigráficamente, se habrían obtenido textos que podrían servir como modelos escolares de corrección y de elegancia idiomáticas.

Las razones últimas de esta capacidad de adaptación de don Ramón, de que fuera un buen ciudadano del mundo y un gran español eran su corazón, su inteligencia y su cultura. Su amor a todos los hombres, su conocimiento de la historia y de otros aspectos de la vida de una nación, le hacían sentirse bien en ella; las diferencias de costumbres o de psicología no le chocaban, las comprendía fácilmente y no constituían un obstáculo para que pudiese vivir meses o años trabajando, estudiando y cultivando amistades en Francia o en Alemania. Y asimismo, su amor a España y su conocimiento detallado y profundo de la historia, la geografía y el arte de todas sus comarcas le hacían encontrarse en todas ellas como en familia. Tenía dos preferidas, Palencia y Sevilla, la ciudad de su nacimiento y aquella en que había construido su hogar. Le gustaba rememorar largamente su infancia en Carrión de los Condes y comentar anécdotas de las dos personas que presidían sus recuerdos de aquellos años: su padre y su abuela. Y también repetía con frecuencia que en Sevilla había encontrado un puerto de tranquilidad en su agitada vida y había consolidado amistades duraderas. Pero en cualquier ciudad española podía hablar de su historia y de su carácter, y su explicación hacía que él y sus oyentes, al cabo de un rato, se encontrasen en ella como si fuera la suya propia.

El trato con Ramón Carande era educador y estimulante. Tras una conversación con él, los interlocutores se sentían mejor, en todos los sentidos de la palabra: habían aprendido muchas cosas, habían visto una cuestión compleja iluminada por una nueva luz, habían descubierto un aspecto nuevo e importante de un problema que se había debatido largamente. Al mismo tiempo notaban que el clima moral a su alrededor se había depurado, se sentían menos inclinados a la crítica maligna, a la mezquindad, a la maledicencia. Tenían más deseos de estudiar y menos de pontificar, comprendían que el mundo es un misterio, que cada hombre encierra problemas insondables y que sólo grandes esfuerzos de inteligencia y de amor nos pueden aproximar lentamente a un poco de comprensión de la maravilla de nuestra existencia.

Y el gran pedagogo que fue don Ramón, que conjuraba esta elevación moral e intelectual, estaba, a su vez, dispuesto a participar en ella. El maestro estaba deseoso de aprender. Hasta los últimos meses de su larga vida, se interesó por un hecho nuevo, por un libro recién aparecido, por una nueva corriente intelectual o artística, un nuevo partido político o una personalidad nacional o extranjera que pudiera parecerle carismática o portadora de buenas intenciones. Añadir un poco más de información a la fabulosa que había acumulado o deleitarse en la contemplación de un nuevo objeto bello o en una evocación histórica fueron para él una tarea que sólo concluyó con su muerte.

Era don Ramón una síntesis acabada de tradición y modernidad. Para él la cultura histórica no era nunca mera arqueología, ni su interés por las últimas escuelas intelectuales o artísticas se confundía con la creencia de que eran totalmente nuevas. La conducta de los antiguos le ayudaba a comprender la de los modernos y viceversa. Creía que el hombre y la mujer han cambiado poco a través de los siglos y que sus reacciones a los distintos estímulos que les ofrece la vida son aproximadamente constantes. A veces, para ayudar a la comprensión de un hecho histórico, lo comparaba con un acontecimiento contemporáneo que parecía de fácil inteligencia. Otras veces, para interpretar un hecho nuevo y sorprendente aducía un ejemplo histórico, que mostraba que aquél no era tan nuevo como parecía. Con palabras muy repetidas pero ciertas, para él, la historia era la maestra de la vida. Su gran conocimiento del siglo XVI no le impedía vivir plenamente en el XX.

Tenía gran honestidad intelectual e independencia de criterio. Solucionaba un problema, juzgaba a una persona o un hecho, valoraba una obra de arte, atendiendo exclusivamente a las circunstancias de la cuestión, sin tener en cuenta posibles conexiones con otros problemas, otras personas u otras obras de arte. En los primeros tiempos de nuestra amistad, hablamos de un poeta ligado a corrientes políticas que le eran gratas; pensé que lo juzgaría favorablemente desde el punto de vista artístico. Pero no, su juicio fue netamente adverso. Otra vez le pregunté su opinión de una novela que estaba muy lejos de los gustos de casi todos sus amigos; me dijo que le parecía una gran obra. Cuando le conocí más, hechos como éstos (que se reiteraron) ya no me sorprendieron: respondían a la vez a su honestidad intelectual y a su claridad mental; distinguía cuidadosamente las cuestiones, y juzgaba cada una de ellas en virtud de sus propios méritos.

La generosidad de don Ramón se puso de manifiesto en su libro *Galería de raros*, publicado poco antes de su muerte. Este libro singular es una colección de biografías de hombres desconocidos para la mayoría de los lectores: no habían escrito nada ni habían tomado parte en acontecimientos aparentemente importantes. Pero el autor los había conocido bien, había descubierto en ellos méritos morales o intelectuales y los registró con minuciosidad y amor para deleite y edificación de los lectores. Con este libro atípico Carande parece decirnos que hay hombres mejores que los que hacen ruido en el mundo, y que el observador interesado descubre personajes interesantes que escapan a la vista de los frívolos y de los que se dejan impresionar por la arrogancia.

Carande fue nombrado por oposición catedrático de Economía Política de la Universidad de Murcia cuando tenía veintinueve años. Dos más tarde pasó a la de Sevilla, donde profesó hasta su jubilación. Formó parte del grupo de jóvenes investigadores